

Cultura de paz

Para David Adams, la guerra y la violencia vienen a constituir una actividad cultural, una actitud y, por tanto, pueden ser reconducidas a través de la educación.

FEDERICO AZNAR FERNANDEZ-MONTESINOS

CULTURA DE PAZ: UNA UTOPIA POSIBLE: UNA UTOPIA POSIBLE. DAVID ADAMS. TRADUCCIÓN DE ROBERTO E. MERCADILLA. HERDER EDITORIAL, BARCELONA 2015.

Decía Dilthey que “a la naturaleza se la explica, al hombre se le comprende”, expresando con ello el carácter no lineal del ser humano, el fracaso en la predictibilidad matemática de su conducta. En esta lógica, la guerra es una indeseada realidad que lo acompaña, al menos, desde que este se organizó en sociedades en el Neolítico, sino antes.

Muchas son las explicaciones que se han dado a la pervivencia aun hoy de este fenómeno y desde diferentes ámbitos científicos: psicología, sociología, psiquiatría, ciencias naturales... Desde el ámbito de las relaciones internacionales se ofertan diferentes construcciones teóricas desde las que resulta posible aproximarse al problema; entre otras, las denominadas realista, idealista, liberal, constructivista o crítica.

Una aproximación realista a la guerra se caracteriza por un sesgo antropológico pesimista, que subraya la naturaleza genética de la violencia incardinada en el mismísimo concepto de pecado original y ve inherente al sistema el conflicto y la guerra. Para esta construcción teórica la violencia pertenece a la naturaleza humana y forma parte del orden de las cosas, de modo que la paz es realmente lo excepcional.

La concepción realista de las relaciones internacionales es estatista y de política de poder. Su idea de paz es negativa, sustentada sobre el equilibrio de las potencias militares. A esta línea pertenecen pensadores como Tucídides, Ibn Jaldún, Maquiavelo, Hobbes, Morgenthau, Kennan, Raymond Aron, Kissinger o los movimientos darvinistas que ven en la guerra el motor de la historia.

Los idealistas, por su parte, tienen una concepción positiva de la naturaleza humana y un planteamiento no determinista del mundo. Consideran que la paz es el estado natural mientras el conflicto es exógeno, pues los intereses son fundamentalmente complementarios, no antagónicos. Creen, en consecuencia, que resulta posible encontrar la racionalidad y moralidad internacional y fundar la paz sobre el derecho y la educación. A esta línea pertenecerían pensadores como Hugo Grocio, el abate Saint-Pierre (es espectacular la descripción prospectiva que hace, en el siglo XVIII y de la mano de Rousseau, de lo que sería la Unión Europea), Kant, Fichte, el presidente Wilson o Treitschke.

El libro que nos ocupa es un trabajo muy relevante que se inscribe por su mismo título, *utopía*, dentro de esta última corriente de pensamiento. Su autor es simultáneamente un intelectual —es profesor, neurobiólogo especializado en los mecanismos mentales de la agresión— y un activista, un pacificador, que ha consagrado su vida (se retiró en 2001) al Programa de Cultura de la Paz de la Unesco suscrito en el Manifiesto 2000, firmado en Sevilla y refrendado por 75 millones de personas en todo el mundo, pero que no tuvo la acogida que merecía al ser tildado de politizado por parte de algunos medios científicos y políticos. Esta obra no es sino un testimonio divulgativo más de su compromiso y de la profunda construcción intelectual que lo soporta.

Su trabajo está traducido y editado para la Editorial Herder por otro neurobiólogo, Roberto E. Mercadillo, y prologado por su antiguo superior y director de la Unesco, el español Federico Mayor Zaragoza. El adagio “el otro soy yo”, que formula Mercadillo en una nota introductoria, rompe con el infierno preconizado por Sartre para los demás –“el infierno son los otros”, escribía– al propiciar el pleno reconocimiento y la alteridad cuya ausencia se encuentran en las raíces de la violencia.

La obra consta de tres libros con un nivel de voluntarismo creciente, uno primero centrado en la cultura de guerra, multidisciplinar, ampliamente documentado y referenciado, en el que explora en el origen y las causas de la cultura de la violencia, que estima como no sostenible; uno segundo, menos académico y más especulativo, que incorpora una estrategia para el movimiento global de cultura de la paz, formulando la cultura de paz como un sólido y detallado proyecto estratégico que incorpora hasta sistemas de medición, y el tercero que, novelado a modo de diario, llega a vislumbrar los albores de la instalación de la cultura de la paz en torno a 2026 tras el colapso norteamericano y de la economía mundial.

Para el autor, adscrito plenamente a la lógica idealista y antimilitarista, la guerra y la violencia vienen a constituir una actividad cultural, una actitud y, por tanto, pueden ser reconducidas a través de la educación, una educación para la paz, como ya apuntaba el propio Rousseau. Si la guerra es “una actividad del espíritu” y está inscrita en la mente de los hombres, solo es posible la paz cuando esta se construye en el mismo lugar y sustituyendo a la guerra. La paz debe germinar en la mente de los hombres.

La paz queda así no solo como una idea, un concepto vacío dentro del que cabe cualquier cosa, sino como toda una cultura, una cultura ciudadana, una actividad de la razón llamada a imponerse como un largo proceso para acotar primero (eliminando la guerra) y anular después el impulso emocional, la actitud, en que se sustenta el recurso a la violencia.

Se trata pues de un proyecto pedagógico de transformación a largo plazo que debe ser coherente con cada espacio social y que precisa de bases sólidas. Su propuesta es una cultura de la paz que desborda cualquier aproximación simplista al concepto de paz, es decir, entendida como el mero fin de la violencia, y se configura como todo un proceso de cultivo antes que de construcción; esto es y en definición de la ONU, “un conjunto de valores, actitudes, tradiciones, comportamientos y estilos de vida”.

Así, su propuesta no es posible sin superar la explotación del hombre por el hombre, la enseñanza de una cultura de guerra, el control autoritario, el nacionalismo, el racismo, el deterioro del medioambiente, el comercio de armas y drogas, la dominación masculina y la violencia contra la mujer, el control de la información, la identificación de supuestos enemigos..., en suma, de proporcionar una auténtica justicia.

Otros elementos transversales al proyecto, situados en sus cimientos, y definidos ya por la Asamblea General de la ONU en el año 2000, son el desarrollo económico y social sostenible, el respeto a los Derechos Humanos, la promoción de la participación democrática, la igualdad de la mujer, la promoción de la comprensión, la tolerancia y la solidaridad, la comunicación participativa y la paz y seguridad internacionales. Con ellos se están creando las bases sobre las que desarrollar la paz que se convertiría en un elemento identitario, consustancial al ser de las sociedades.

En la estela de Rousseau –que apostaba por comunidades más reducidas y autárquicas aunque también por reducir el nivel de relaciones– le otorga un papel esencial a los gobiernos locales formados por electos, a la sociedad civil a través de sus múltiples movimientos (que actúan sobre los campos citados en el párrafo anterior) y a las ONG por su inmediata proximidad al ciudadano para la activación de la sociedad. Al mismo tiempo, identifica al Estado, con su intento de monopolizar la violencia, como uno de los agentes que dificulta la instalación del modelo de cultura de la paz y propugna su sustitución por los pueblos.

Sistemas como las Naciones Unidas son necesarios para la gobernanza global pero su control, a juicio de Adams, debe radicar en los pueblos antes que en los Estados, y en este ámbito el papel de las ONG, sindicatos y corporaciones multinacionales en tanto que representantes de la sociedad civil, se perfila como capital. Las decisiones son así de abajo arriba, ganando con ello legitimidad y compromiso.

La crítica que cabe hacer a su propuesta es que esta se formula en clave dicotómica entre cultura de guerra y cultura de paz, cuando son términos que no son excluyentes, disponen de una lógica específica y se conjugan simultáneamente (no existe el uno sin el otro, se encuentran ligados dialécticamente).

En los conflictos del siglo actual, la sustitución de la victoria por la paz se convierte en prueba de la pérdida de autonomía de la guerra. La guerra en cuanto deja de ser independiente, y en su nivel de abstracción más alto, hace que sea complementaria y no opuesta a la paz en la que se aúnan medio y fin. Así, esa visión en algún momento maniquea ignora que tanto la guerra como la paz no son ni pueden ser conceptos antinómicos ni abarcar *per se* todas las opciones políticas posibles. Además en la cultura de guerra Adams suma una serie de agregados cuya interrelación es discutible.

El trabajo destila también un milenarismo con un punto ácrata no suficientemente acreditado. El progreso técnico, la civilización, no trae necesariamente consigo mayor progreso moral. Civilización y violencia no son aspectos inversamente relacionados; es más, en algunas ocasiones parece que lo están directamente. Realmente, lo que se demuestra que está asociado con un mayor grado de civilización son unos niveles más altos de sofisticación y contradicción interna.

El siglo XX, un siglo aparentemente ordenado pero en el que se hubo de crear la palabra genocidio para describir un nuevo tipo de crímenes, ha sido mucho más mortífero que el XIX, al que parecemos haber vuelto con un nuevo orden de letras e ideas. El orden internacional, obviamente, interesa que sea justo pero sobre todo cumple que funcione; ciertamente el Derecho no ha seguido a la globalización a la velocidad que debiera y el espacio internacional se encuentra hoy tan

desregulado como lo estaba el Estado en los albores del maquinismo. Pero en su colapso muy pocos encontrarían auténticas razones para la alegría, ni tendría este que derivar necesariamente en una cultura de la paz.

Para continuar explorando, en esta misma línea tenemos los trabajos de Johan Galtung (*La paz por medios pacíficos, Hay alternativas...*), Norberto Bobbio o del propio Gandhi. Desde otras perspectivas podríamos citar a Carl Schmitt, Raymond Aron, Hannah Arendt, Gaston Bouthoul, Charles-Philippe David, Glover, Walzer, Glucksmann, Hobsbawm, Ignatieff, Joas, Kagan, Mary Kador, Luttwak o el propio Clausewitz. En el ámbito español citar a Bada, Fisas, Manuel Fraga, García Caneiro, Ramonet, Sánchez Ferlosio o a Jorge Verstrynge.

Reza un proverbio chino, “quienes siguen diferentes caminos nunca tienen algo útil que decirse”. No estamos de acuerdo con esa afirmación en la medida en que la realidad admite diferentes perspectivas; transponerlas permite obtener una visión multidimensional de los problemas, lo que facilita su adecuada identificación y ayuda a su superación.

En fin, la utopía es necesaria, imprescindible, es una atalaya desde la que poder mirar al mañana; el realismo formulado desde un pretendido, ramplón y agorero pragmatismo nos impide superar realmente el presente al tiempo que hace de él nuestro futuro. Y esta es utopía con ciencia. Llega más lejos quien, hasta cierto límite, apunta más alto. Trabajos como este en que se aúnan especulación y rigor científico son esenciales para poder hacerlo en su justa medida. Desde lo alto del monte Nebo, en días claros y si no se sufre de cataratas, siempre puede vislumbrarse la tierra prometida.



FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS ES DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS. CAPITÁN DE FRAGATA DE LA ARMADA. ANALISTA PRINCIPAL DEL INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS Y PROFESOR DE TEORÍA DE LA GUERRA.